IN MEMORIAM
LUISA MERCEDES LEVINSON Y BEATRIZ GUIDO

POR

BELLA JOZEF

Universidad Federal de Río de Janeiro

No podría suponer jamás que el año de 1988, apenas en sus inicios, arrancara de nuestro convivio a dos amigas tan queridas: Luisa Mercedes Levinson y Beatriz Guido.

Nuestra amistad se remonta a los sesenta, y desde entonces fui lectora y amiga de ambas. Nuestra correspondencia y nuestros encuentros —en Argentina y en Brasil— solidificaron y posibilitaron el intercambio de libros, ideas, críticas y notas. Oigo todavía sus voces y las tengo grabadas en entrevistas que publicaré en breve.

Viajeras ambas, Luisa recorrió Europa, Canadá y Estados Unidos dando conferencias, difusión televisada de cuentos, publicación de obras. Beatriz Guido tenía la impresión, según dijo, de que iría a pasar toda su vida de un aeropuerto a otro.

¿Cómo acercarnos a sus obras sin recibir todo el calor de su escritura, el mensaje de humor, lirismo, ironía y pasión?

Luisa Mercedes Levinson, colaboradora de Borges, fue una hábil creadora de mitos y símbolos. Sus cuentos y novelas son, en el fondo, reflexiones acerca del ser humano y de la realidad histórica argentina. Escribía «con pasión» (título de uno de sus cuentos) acerca del laberinto y la telaraña del tiempo, entrelazando lo prosaico y lo exótico, lo trágico y lo lírico.

Ambas se encuentran en la temática de la disgregación de una familia: léase *La casa de los Felipes*, de Luisa Mercedes Levinson, y *El incendio y las vísperas*, que se convirtió en *best-seller*. Mientras Luisa Mercedes parte de lo histórico a lo mítico, Beatriz transfigura lo real a través de lo histórico, entre obsesión y memoria. Pero el tiempo es el de nuestros días. Ambas parten de un espacio preciso, de calles concretas, personajes históricos: en la primera se ahonda la proyección simbólica, con los túneles

secretos de lo nuestro más íntimo, y en la segunda hay una obsesión: enfocar el proceso de la burguesía y su decadencia en Hispanoamérica. En *La mano en la trampa*, la protagonista, Laura, cuyo nombre sólo aparece al final, no puede enfrentar al mundo, quiere resguardar la frustración de una mujer, de que es la proyección, para evitar el desastre familiar. La simbología de los sitios de sus novelas y cuentos es evidente: casas tradicionales, en los viejos barrios aristocráticos de la alta burguesía, habitaciones que huelen a nafta y polillas.

Beatriz Guido se preocupa con la realidad nacional y la indagación del ser argentino. Si las circunstancias históricas son particularmente argentinas, es el propio examen de la condición humana, en la que se aprehende lo universal a través de lo particular. La imaginación de Luisa Mercedes, unida a su humor, nos lleva a los misterios humanos, donde lo fugaz y lo eterno se interpenetran. Ambas han buscado crear —y lo hicieron— personajes con sus procesos mentales, en la búsqueda existencial de la identidad.

Si de Beatriz Guido existen algunas obras traducidas al portugués, como *Antes del incendio*, *Fin de fiesta*, *La mano en la trampa*, lo mismo no sucede con Luisa Mercedes Levinson, de quien dijo Roger Caillois (que la tradujo y publicó en París): «La obra de Luisa Mercedes Levinson merece ser traducida a todos los idiomas y formar parte de las más exigentes antologías.»

Luisa Mercedes poseía una sabiduría secreta para descubrir lo que está por detrás de las cosas, para atravesar la realidad empírica y llegar a lo irreal y a lo onírico. Su imaginación nos lleva a los meandros del misterio, entre la lucidez y el delirio, donde «lo fugaz y lo eterno se interpenetran». Era mágica —la llamábamos «la maga»— también en lo cotidiano y poseía una intuición poderosa que le hizo transfigurar el mundo en arte. También Beatriz nos entregó la dimensión total de los procesos mentales de sus personajes, de su desequilibrio en la búsqueda existencial de la identidad. No quiere «probar», sino «mostrar», como testigo de su tiempo. Inocentes y culpables, estos personajes contribuyeron a formar el mundo en que vivimos.

Creadora de un universo fascinante de personajes, donde se destacan los femeninos, Luisa Mercedes los traza con maestría. Soñadores, imaginan un mundo mejor, que los libere de las frustraciones.

En una sociedad como la argentina, que siempre buscó su definición, de una cultura en busca de su forma, se sitúa la problemática de la obra de Beatriz Guido.

La conocimos cuando vino a Río de Janeiro acompañada de su marido, Leopoldo Torre Nilsson. Luego nos contaminó la solidez con que dis-

cutía los problemas de su arte, y del intelectual de nuestros días en comunión con la comunidad. Más teórica que Luisa Mercedes Levinson, el quehacer filosófico siempre la fascinó (estudió con Croce y Gabriel Marcel) y siempre se internó en los fueros de la teoría literaria para comprender su territorio novelesco. Luisa Mercedes Levinson, más intuitiva, todo lo sabía y adivinaba.

Ambas se encuentran en el deseo de superación, en la preocupación por los dramas vividos por el pueblo argentino y por la lucha de los jóvenes escritores —a quienes siempre ayudaron— en vencer las barreras. Nunca se hurtaron al rumor social como consecuencia de su oficio de escritor. Ambas consiguieron, a lo largo de sus existencias, ser fieles a sí mismas. Escribieron sus obras como un acto de amor, sin medios tonos, sin términos medios.

Con sus muertes, la literatura de nuestros países, sin duda, se empobrece.

Pongo la grabadora para oír, una vez más, las voces de Luisa Mercedes Levinson y Beatriz Guido. Palpitantes de vida y de alegría, tenían un humor muy propio y una visión generosa de los seres y de las cosas. La lucidez y vivacidad de sus personas, el lenguaje apasionado y la exploración del inconsciente en sus obras, contestan a las preguntas que nos hacen la realidad y nuestro propio ser como una invitación a una posibilidad de libertad.

De la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires, el año pasado, cuando encontré a Luisa Mercedes Levinson por última vez, traje su libro *El último zenofonte*, dedicado a los amigos y al compañero de todas las horas, Willie (que, como los zelofontes, es amigo de la paz y del amor).

Luisa Mercedes Levinson, la última zelofonte, regresó a su tierra colorada. Intentaremos continuar su sueño, con nuestra «infinita y mágica amistad proyectada más allá del tiempo», según nos escribió. Perecer significa siempre.

En cuanto a Beatriz Guido, diré lo que escribió acerca de la muerte de nuestro común amigo Sebastián Salazar Bondy: «No debemos llorarla para no esconder su recuerdo.»